

Viena era la ciudad de las estatuas. Eran tan numerosas como la gente que caminaba sus callejuelas. Se erguían en la cima de las torres más altas, yacían sobre tumbas de piedra, montaban a caballo, se arrodillaban, oraban, peleaban contra animales y guerras, bailaban, bebían vino y leían libros hechos de piedra. Adornaban las cornisas como mascarones de barcos antiguos. Se erguían al centro de las fuentes centelleando con el agua como si justo acabaran de nacer. Se sentaban bajo los árboles en los parques durante el verano y el invierno. Algunas vestían trajes de otras épocas y otras no vestían nada. Hombres, mujeres, niños, reyes, enanos, gárgolas, unicornios, leones, payasos, héroes, sabios, profetas, ángeles, santos y soldados preservaban para Viena una ilusión de eternidad.

De niña, Renata podía verlas desde la ventana de su habitación. De noche, cuando las cortinas blancas de muselina oscilaban como vestidos de novia abombados, las escuchaba susurrar como figuras que hubieran sido petrificadas por un hechizo durante el día y que sólo durante la noche volvían a la vida. Su silencio diurno le enseñó a leer sus labios congelados

como se leen los mensajes de los sordomudos. En días lluviosos, de las cuencas de los ojos de granito brotaban lágrimas mezcladas con hollín.

Renata nunca permitía que alguien le contara la historia de las estatuas, o que las identificara. Esto las ubicaría en el pasado. Estaba convencida de que la gente no moría, se tornaba estatua. Eran personas bajo un hechizo y, si era lo suficientemente observadora, ellas mismas le dirían quiénes eran y cómo vivían *ahora*.

Los ojos de Renata eran verde mar y tumultuosos, como una reducción del propio mar. Cuando parecían a punto de desbordarse de emoción, su risa vibraba como las campanillas de viento y formaba un cuenco de cristal para contener las aguas turquesas como si fuera un acuario, y entonces sus ojos se tornaban escenas de Venecia, canales de reflejos y pizcas de oro nadaban en ellos como góndolas. Su cabello largo y negro era alejado de su rostro gracias a un nudo sobre la cabeza, desde donde caía sobre sus hombros.

El padre de Renata construía telescopios y microscopios, así que por mucho tiempo Renata no supo el tamaño exacto de nada. Sólo había visto las cosas disminuidas o magnificadas.

El padre de Renata la trataba como a una confidente, como a una amiga. La llevaba con él a sus viajes, a la inauguración de sus telescopios o a esquiar. Discutía con ella sobre su madre, como si Renata fuera una mujer adulta, y le explicaba que había sido la constante depresión de su madre lo que a él le había alejado del hogar.

Se deleitaba con la risa de Renata y hubo ocasiones en las que la misma Renata se preguntaba si no estaría riendo por dos

personas, riendo por ella pero también por su madre, quien nunca reía. Renata reía hasta cuando tenía ganas de llorar.

A los dieciséis años decidió que quería ser actriz. Se lo informó a su padre mientras éste jugaba ajedrez, esperando que la concentración en el juego neutralizara su reacción. Pero dejó caer al rey y palideció.

Luego le dijo, muy fría y tranquilamente:

—Pero yo te he observado en tus obras de teatro escolares y no creo que seas una buena actriz. Tan sólo has actuado una exagerada versión de ti misma. Además, eres una niña, no una mujer todavía. Te ves como si te hubieras disfrazado con las ropas de tu madre para un baile de máscaras.

—Pero, padre, ¡tú mismo dijiste una vez que lo que más te gustaba de las actrices era que eran mujeres exageradas! Y ahora usas esta misma frase en contra mía, para emitir un juicio sobre mí.

Renata hablaba vehemente y, mientras lo hacía, su sentido de injusticia se magnificó. Tomó la forma de una larga acusación.

—Tú siempre has amado a las actrices. Pasas todo tu tiempo con ellas. Te vi una noche trabajando en un juguete basado en una interacción de espejos. Pensé que era para mí. Era a mí a quien le gustaba ver a través de los caleidoscopios. Pero se lo diste a una actriz. Una vez no quisiste llevarme al teatro, dijiste que era muy joven, pero llevaste a una chica de mi escuela, y me mostró todas las flores y dulces que le enviaste. Tú sólo quieres mantenerme como una niña por siempre, para que me quede en casa y te conforte.

No hablaba como una niña enojada porque su padre no creía en su talento, sino como una esposa o amante traicionada.